

# La experiencia desde fuera

*Agustín del Moral Tejeda*

**S**iempre me hubiera gustado verme desde dentro de la literatura. Por circunstancias que sólo la vida puede explicar, casi siempre he tenido que verme desde fuera de la literatura. Ese casi siempre se rompió hace poco más de dos meses, cuando a los cuarenta y un años —demasiado tarde— vi aparecer mi primer libro.

Cuando el maestro José Luis Martínez Morales me invitó a participar en este encuentro, pensé en escribir desde dentro de la literatura. En gran medida me debo, sin embargo, a mi experiencia desde fuera de la literatura, así esta experiencia incluya de manera determinante a la literatura misma. Decidí, pues, mantenerme fiel a esa experiencia.

No sé si esa mi experiencia desde fuera pueda contener alguna referencia, por mínima que sea, a la experiencia literaria, el motivo que hoy nos congrega. Ojalá que así sea. Mi desexperiencia literaria, en el último de los casos, es, también, una experiencia literaria.

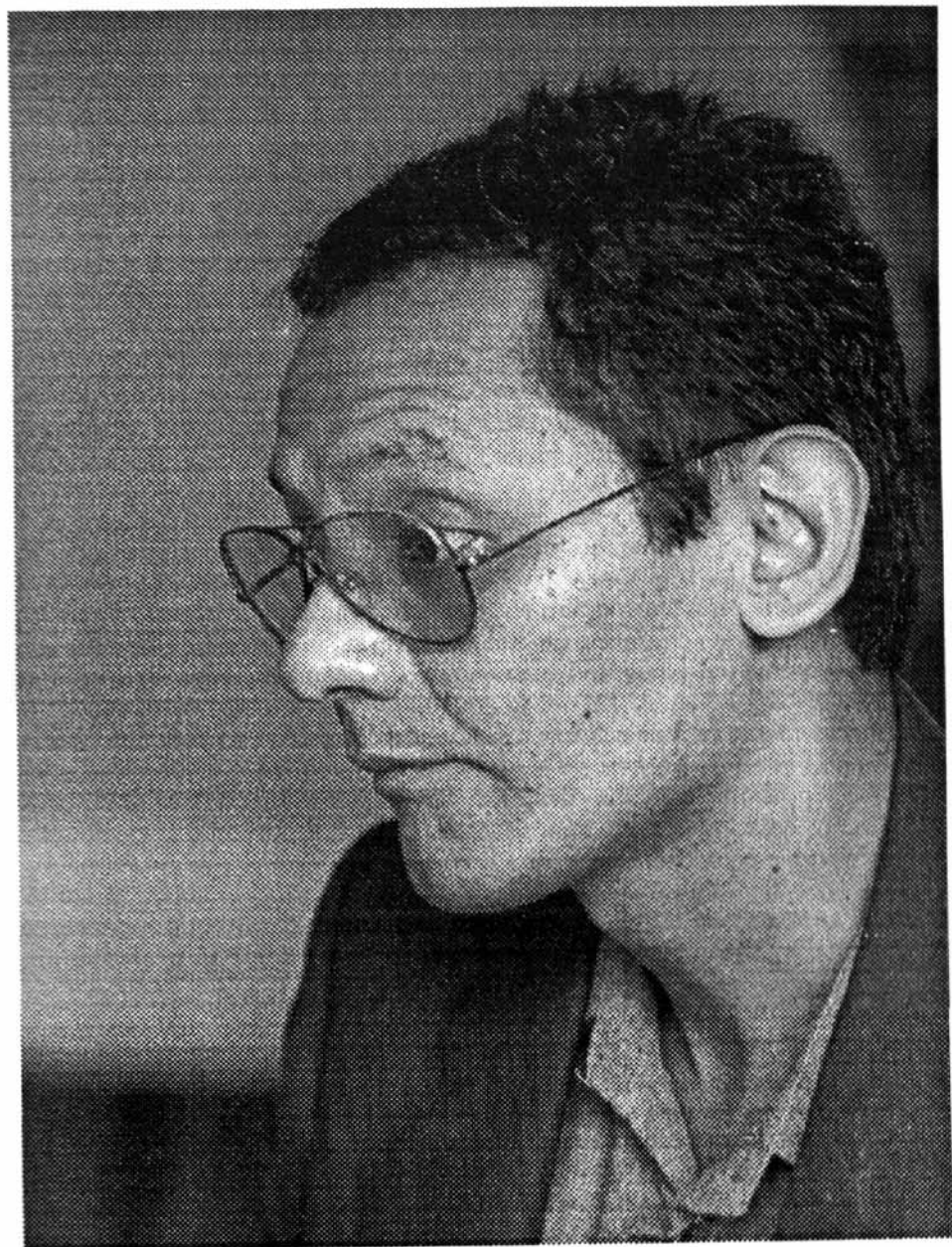
Mi relación con la literatura es una relación tardía y limitada, muchas veces abandonada y pospuesta y, por ello mismo, llena de asignaturas pendientes. Al margen de unas cuantas lecturas extraescolares en la primaria y la secundaria, descubrí la literatura a los dieciséis años. Julia Chong, mi maestra de literatura de segundo año de preparatoria, me llevó a mi primer encuentro con el boom latinoamericano: “Compra *Cantar de ciegos*, me dijo, y lee ‘Un alma pura’, te va a gustar”; así lo hice y, en efecto, el cuento me gustó; sólo que, ya encarrerado, leí “La muñeca reina”. Su lectura resultó definitiva y definitoria: ahí descubrí la literatura como una revelación y como un deslumbramiento; ahí vi nacer, por primera vez pero de manera clara, el deseo de, algún día, ser escritor. Meses después, en enero de 1973, emigré de Coatzacoalcos a Xalapa para estudiar Psicología. El cambio de residencia fue significativo y mis perspectivas se ampliaron, sobre todo en términos de posibilidades de lectura. Esto me permitió ordenar y abrirme a otros géneros además de la narrativa, particularmente la poesía y el ensayo. Poco a poco, fui perdiendo el interés en la psicología y poco a poco fue creciendo mi interés en la literatura (intereses, por lo demás, que nunca supe cómo conciliar, con el conductismo minimizando las expresiones del alma y con la literatura mostrándome las grandezas del alma).

Viví esos años, por otro lado, como años de grandes dudas, de grandes incertidumbres, de grandes indefiniciones. Al cabo de los mismos, a finales de 1978, ya había abandonado la psicología y emigrado a la ciudad de México, donde, tal vez un poco más cerca de mis verdaderos intereses, comencé estudios de periodismo. Sólo que, también en este caso, el cambio de residencia resultó significativo y mis perspectivas siguieron ampliándose. Ahí encontré espacio para otra de mis inquietudes y empecé a militar en el Partido Revolucionario de los Trabajadores. Con la carga de idealismo y romanticismo que sólo se puede llevar auestas a los veintidós años, entré al PRT plenamente convencido de que, también algún día, haría la revolución. Con esa idea fija en la cabeza, las decisiones que poco después tomé, a principios de 1980, fueron, por así decirlo, decisiones naturales: abandoné los estudios de periodismo y acepté la invitación de pasar a formar parte de la planta de redacción del órgano informativo del PRT en condición de *profesional*, esto es, como militante de tiempo completo con un salario asignado por el propio partido. ¿Qué más podía pedirle a la vida cuando, por fin, parecía haber conciliado mis intereses más íntimos —el ejercicio del periodismo, letras de emergencia, pero letras al fin— y mis intereses, digamos, sociales —hacer la revolución?

A lo largo de casi trece años, atendiendo tareas organizativas o cubriendo labores periodísticas, en la ciudad de México, en el estado de Veracruz o en el extranjero (el PRT formaba parte de la Cuarta Internacional), ésa fue mi condición personal: profesional del PRT. Bajo esas condiciones, es obvio, la literatura —al igual que otras necesidades y otros intereses personales— pasó a un segundo plano, si no en términos de lectura cotidiana (a esas alturas ya me había hecho de la sana costumbre de leer simultáneamente tres o cuatro libros, y uno de ellos era, invariablemente, de literatura), sí en términos de poner manos a la obra en mi deseo de ser escritor.

A principios de 1984 regresé al sureste veracruzano. Lo hice con la firme determinación de nunca más salir de ahí. Volvía a mis raíces y deseaba hacer la revolución ahí. Las condiciones eran las ideales: por un lado, la región seguía siendo un importante centro de desarrollo económico y el medio obrero, rico y diverso, seguía ofreciendo amplísimas perspectivas al trabajo político; por otro, el PRT recién salía de la exitosa campaña electoral de 1982 y su presencia se extendía a zonas verdaderamente insospechadas, el sureste veracruzano una de ellas. Durante un año y medio las cosas funcionaron más allá de lo previsto y el PRT se implantó, creció y diversificó su militancia. Después, en plena campaña electoral de 1985, la represión tocó el corazón de su trabajo regional y, literalmente, se vino abajo.

Llegó el momento, entonces, de replantear los términos de mi militancia. Por una parte, llevaba varios años como *profesional* y el ritmo de activida-



Agustín del Moral Tejada.

des partidarias comenzaba a cansarme y a desgastarme; por otro, el haber pospuesto una y otra vez el ejercicio de la escritura empezaba a generarme profundos conflictos internos. Decidí dejar la profesionalización (sin por ello la militancia) y concederme un poco más de espacio para mis necesidades personales. Mantenía la decisión, sin embargo, de permanecer en la región y ahí busqué trabajo. Le planteé a *Diario del Istmo* la posibilidad de echar a andar un suplemento cultural. No sin dudas y reticencias, su director aceptó.

Durante poco más de año y medio, entre noviembre de 1985 y junio de 1987, el suplemento apareció ininterrumpidamente. Sus cerca de noventa números buscaron mantener un nivel mínimo de calidad, ofrecer a los lectores material fresco y diverso y, particularmente, atender lo mismo las expresiones culturales regionales —como el son jarocho— que las, por así decirlo, universales. En junio de 1987 el suplemento compartió con *La gaceta* del Fondo de Cultura Económica el Premio Nacional de Periodismo en el área de Divulgación Cultural.

Contra lo esperado, sin embargo, el premio vino a dar al traste con el proyecto, pues, por un lado, las diferencias personales entre algunos de los miembros del equipo impulsor y, por otro, la actitud ambiciosa y oportunista del director del periódico —quien en los hechos manejó el premio como un premio a su persona— hicieron que, un día antes de la ceremonia de entrega, cuatro miembros del equipo renunciaran y, una semana después, los seis restantes los siguieran. Al fin del proyecto, dos hechos sigo rescatando: la experiencia en sí que representó este esfuerzo colectivo en una zona ayuna de cultura, y el reforzamiento de la amistad o el inicio de nuevas amistades con compañeros que, diez años después, siguen esforzándose por abrir nuevos espacios culturales o son dueños ya de una obra personal interesante: Juan Meléndez de la Cruz, Ricardo Perry, José Homero y ese extraordinario amigo que es Rafael Antúnez. Al fin del proyecto, un solo hecho lamenté: no haber aprovechado suficientemente el estímulo personal que representó el suplemento para, como me lo había planteado al dejar la profesionalización, iniciarme en el ejercicio de la escritura.

A mediados de 1987, tres años y medio después de haber regresado a la región, me encontré sin proyecto alguno y con una pesada carga de frustración y amargura. Contra mis deseos, volví a abandonar la región, sólo que esta vez con la firme intención de ya nunca más regresar a ella.

A principios de 1988 volví al redil y reasumí mi condición de profesional del PRT, en esta ocasión, al igual que diez años atrás, al servicio de su prensa. Un año después acepté la invitación de la Cuarta Internacional de trasladarme a París como editor de una publicación en castellano: *Inprecor para América Latina*. Allá, sólo allá, por primera vez pude manejar mis

tiempos como profesional, organizarme y, por fin, empezar a concretar el deseo que había visto surgir a los dieciséis años. Allá, sólo allá, entre julio y noviembre de 1990, pude soltar la primera versión de *Nuestra alma melancólica en conserva*, la novela de la que poco más tarde leeré algunas páginas.